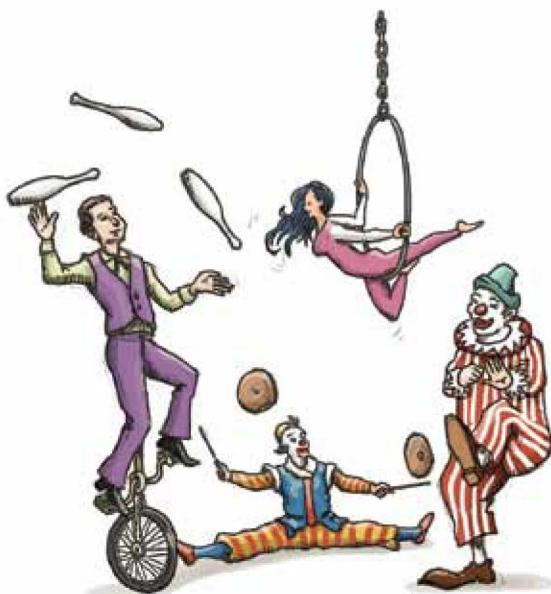


# Florentino Circus

Jorge Eslava

Ilustraciones: Felipe Morey



loqueleg

## Ofrenda



7

En las vacaciones de medio año, lo más importante de mi infancia fue el circo. Iba con mi padre, ridículamente temprano, como acostumbraba a llevarme a todos los espectáculos —al cine, al fútbol o al museo—, preocupado siempre por evitar los tumultos. Antes de ingresar a la carpa, solíamos merodear entre los bastidores, curioseando por las costuras y sorteando los excrementos de animales. Un rato después, sentados en las bancas y con el acaramelado de las manzanas hasta las narices, flotábamos en el leve reino de los payasos, el mago y la niña equilibrista. Y justo antes del final de la función, cuando desfilaban los artistas por la pista, nosotros corríamos a la salida para evitar nuevamente el gentío. Este libro está dedicado a la memoria de mi padre, por la felicidad de aquellas tardes.

# CIRCO INTERESTELAR

NOTICIA SENSACIONAL ATRAE AL PÚBLICO

NUEVO COMETA CRUZA LA CIUDAD

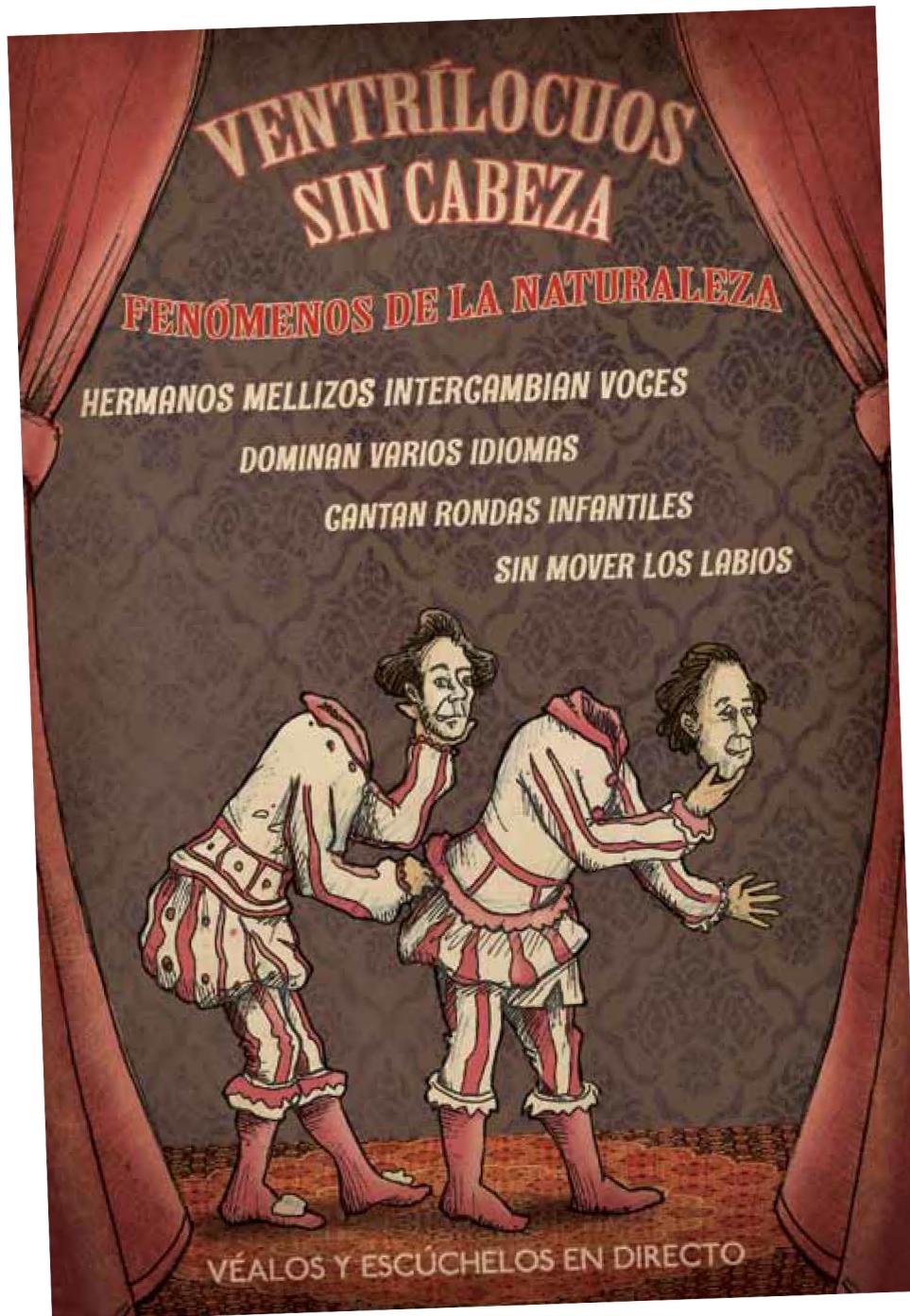
LLEGA CIRCO  
DE PLUTÓN

¡ CON ARTISTAS DE  
OTROS PLANETAS !



NO SE LO PIERDA ★ GRANDES FUNCIONES





## Aquí nada perdura



11

Cómo olvidarlo. Después del terremoto que tuvimos en el invierno de aquel año, que dejó el balneario a mal traer como un pajarito licuado y moribundo por la lluvia, ya no quedó ni pizca de ganas en la familia para celebrar ningún acontecimiento.

El sismo alcanzó los ocho grados en la escala de Richter y abarcó toda el área del distrito. Lo recuerdo como si hubiera sido ayer: el mar se salió de la playa e invadió las calles, bajó por la avenida principal hasta anegar los jardines y las bancas de la Plaza Central. La gente permaneció apiñada alrededor del monumento durante noches enteras, porque las réplicas eran de no acabar.

Con los días hubo que desaguar las salas y comedores, y colocar sacos de arena a las puertas de las

casas. En el peor momento el agua nos llegaba a las rodillas y nos fuimos acostumbrando a convivir con los cangrejos, medusas y patillos que flotaban en la superficie; semanas después llegaron algunos pingüinos desorientados, que terminaron quedándose como mascotas de los vecinos.

12 A pesar de estos estropicios, nuestra familia era terca y se las arregló para organizar algunas reuniones. Casi sin ganas, es cierto, pero con la mejor esperanza de recuperar la alegría. No obstante, aquella cadena que tuvimos de bautizos, confirmaciones, cumpleaños, pedidas de mano y matrimonios fue tan melancólica y aburrida que mejor hubiera sido evitarla.

Ahí están las fotos que no mienten: grandes y chicos con caras de palo, todos distraídos o malhumorados como si estuvieran obligados a estar apagando las velas de la torta o golpeando una piñata de fiesta o bailando «El Danubio azul» en medio de la sala, rodeados por una corte de invitados enfurruñados que más parecían una manada de bulldogs a punto de hacer sus necesidades en el jardín. Y en ninguna foto, por más que se mire con lupa al derecho y al revés, aparece por algún lado el querido papapa.

Es que el abuelo no asistió a ninguna de aquellas reuniones. Y fue justamente por eso, lo compruebo ahora, que todo estuvo más marchito y desconsolado después del terremoto. Con él hubo siempre un destello en la mirada de todos; un reflejo de estar pasándola estupendo o de querer largarse, pero con una chispa urgente por vivir. Como sucedió después con la locura del circo...

13 Pero eso tomó tiempo, porque por unos buenos meses vivimos una triste condena: la abuela no volvió a rezongar por tonterías ni la higuera dio frutos al final de la temporada y nosotros —sus nietos preferidos— empezamos a despedirnos de la infancia con un sabor a tierra en los labios.

Aquella historia es la que he decidido contar.

Ahora que he vuelto a La Punta y es invierno, como el de aquel año del terremoto, y que he venido a quedarme unas semanas en la vieja casona para despedirme de las paredes blancas, de los techos altos y del misterioso sótano de nuestra infancia. Además debo resolver, por encargo de la familia, la mudanza definitiva de muebles y enseres que han quedado desde la muerte de la abuela.

Ya llevo varios días aquí —me he instalado en el cuarto que ocupamos Malú y yo—, pero no hago

más que pasear por el inmenso recibidor que da entrada a la sala, al comedor, a los baños y a las siete habitaciones. Camino sin encender una sola lámpara, alumbrado apenas por la luz natural de las claraboyas, y entro y salgo por todos los ambientes sin mover un mueble por temor a lastimar el pasado.

Quiero todavía disfrutar de este cuadro inmóvil.

14

También he descolgado el teléfono. La familia llamaba seguido, me torturaba con el asunto de la inmobiliaria, que según el contrato hay una fuerte penalidad por mora.

Lo sé, lo sé. Pero también sé que debo contar una historia llena de recuerdos y que voy a terminarla unas semanas antes de iniciar la demolición. Tal vez sea unos días antes, para cuando la casona haya cumplido ciento quince años y sus rincones no tengan nada que decir.

